

Esta noche mato a tres

Milichine Ickx



Capítulo 1

Esta noche mato a tres

Supongo que debí imaginarlo. Si lo miramos bien, todo dejaba prever lo que al final pasó. De arranque debí haber tenido claro que yo quería salir sólo contigo, en lugar de dejar creer que yo sólo quería salir contigo. Es mi parte de culpa. El resto es de esos tres: la turista, su hermana y el borracho. Quizás me dejé llevar por lo bien que habían ido saliendo las cosas el miércoles.

Para comenzar, amaneció con erección matinal muy temprano. Tanto, que llegué al gimnasio antes que mi monitor, y tuve que comenzar mi nueva rutina adivinando lo que debía hacer. Claro, él no tenía ninguna razón para amanecer temprano. Ni la más remota idea el puta, de la extraña de cuello largo que se acaba de instalar en mis sentidos, solamente para mostrarme su Mellencamp natal, situado allá en la otra extremidad del mundo, a tan sólo diez centímetros del paraíso, mano derecha entrando porque es falso que al fondo hay sitio, y donde siempre llueve y hace sol para que el arco iris pueda ser eterno como su cuello. Menos idea que esa noche iba a verla. Yo, no él. Porque con tanto músculo en la cabeza es imposible imaginar Mellencamp, ni los diez centímetros de adonde queda. Por eso no pude dudar de su buena fe, cuando se empeñó en sacarme la mierda a punta de mancuernas y poleas de tonelada y media cada una. Claro, no sabiendo nada de Mellencamp, no podía estar celoso de ninguna Milichine que ahí habita. De modo que opté por tomarlo deportivamente concentrándome en los ricos culitos de las rambitas, que levantan tonelada y media de mancuernas en cada uña, sin pestañear si quiera. Al final terminé muerto, pero satisfecho con la perspectiva de cuello largo esa noche cada vez más cerca.

Así que tomé mi taxi habitual –que nunca es el mismo– dirección Mellencamp, que está en todas partes porque el paraíso en la otra esquina. Bien instalado en asiento trasero y tras de lentes oscuros a través de los que miro a todo ese mundo ocupado en sus cosas, y cuyos intereses me toca defender, porque mi ocupación es de interés muy nacional con honor patrio porque los chilenos son unos jueputas como nadie ignora. Y me bajé en la Plaza de Armas, que nunca fue Mayor a secas porque siempre fue Mayor de Armas, según todos esos libros que el alcalde anterior jamás leyó, para que su ignorancia pueda ser atorrante además de atrevida. De ahí, un pequeño trekking en corbata hasta Torre Tagle, donde la seguridad saluda amablemente a ese buenos días doctor, que llega tras de lentes oscuros, en impecable terno a rayas marca extranjera y con interés nacional al hombro, porque ahora sí que tiene cara de buque insignia a pesar de lo bailado. Tras bello zaguán, escalera

de honor barroca y de ahí al pequeño pórtico que da a la Casa Aspíllaga, segundo patio, donde se ha instalado flamante oficina para los cinco doctísimos y un tronado, que tienen que defender al país allá en La Haya, que de momento anda mudándose a La Habana por si no vuelvo más.

Para la hora en que llegó atrasadísimo el muy excanciller Ferrero con su puto triangulo externo bajo el brazo, ya andaba yo definitivamente instalado en Mellencamp con vista al paraíso a tan sólo diez centímetros del arco iris en forma de cuello por donde sale la encantadora voz morena de Milichine. Tan instalado, que ni cuenta me di que el muy excanciller me estaba empujando el piano de la redacción del puto triangulo externo que le corresponde a él, con el agravante de la concha de pedirme que lo redacte antes del paper que sí me corresponde redactar a mí, porque él se va de viaje no bien termine de ver la ópera de Diego Flores, para que su esposa no diga que no la saca a ningún lado.

iChato pelón! Ni te imaginas que lo que vas a recibir por puto triangulo externo con el sello rojo de estrictamente secreto que lleva todo lo que escribo en horas de oficina, es esta prematura confesión de alevosía y ventaja. Porque el galanteo existe, a pesar de lo que pueda chillar el último reaggeton de moda, y tengo que decírselo en prosa, ahora que por fin me siento capaz de escribir algo que remotamente sabe a literatura, aunque sólo sea para ella, por razones de estrictamente secreto. Pero como en Mellencamp todo es sonrisa positiva, porque está a sólo diez centímetros del paraíso, mano derecha entrando, y ahí andaba yo muy instalado, me despedí amablemente y con sonrisa ya no se puede más positiva a pesar del piano empujado del muy excanciller, que ya va siendo hora de que te largues porque tu oficina privada es más bacán que la de los doctísimos con su tronado y iya para de una vez de criticarlo todo! ichato pelón!

iY claro! Como a tan encantadora y positiva sonrisa a pesar del piano empujado, le corresponde invitación a almorzar por simpatía contagiosa, recibí una del gordito Alejandro Deústua, reputado internacionalista además de doctísimo con interés nacional al hombro y honor patrio, porque esos malditos chilenos están cada vez más jueputas según leemos en los titulares de la prensa cotidiana. Así que nos fuimos caminando al Picadero, donde para comer pescado no hay que tener mucho cuidado, cuenta habida de los precios. Escogimos terraza y me senté gordísimo a la mesa, al ver que en la de al lado andaba una espigada gringa, que según el mesero era rusa, y que afichaba la misma cara de niño malcriado que hace siglos solía usar, por las mañanitas, la mujer con la que alguna vez me casé, allá en el fin del mundo, en el polo opuesto de Mellencamp, y que al rato dejó de usar porque mejor le sentaba la de vieja amargada con la que vino al mundo. Y tuvimos conversación amena y envidiosa, porque el gordito acaba de enterarse que soy yo el que se va a La Haya cada vez más cerca de La Habana para que un día pueda no volver más, mientras que él se queda en Casa Aspíllaga con pollada reggetonera en el

vecindario. Y eso que ni idea tiene de Mellencamp, y que esta noche salgo con ella de coboyada por un mundo de agua, porque entonces sí que le da infarto verde, que es de los de pura envidia. Y menos idea aun, de que tan importante interés nacional, que tanto nos involucra a todos, pende allá de un hilo, por culpa de este tronado, en aquel lejano Mellencamp. Así qué para que no se notara mucho lo verde que se estaba poniendo hasta la silla que lo soporta, optó por alabarme mucho la increíble capacidad que tengo para trabajar con tantísimo papel impreso, justo en el preciso instante en que yo descubría la increíble capacidad que tengo para trabajar con tantísimo papel impreso a pesar de lo bailado.

De modo que nos regresamos a Casa Aspíllaga sin gringa, donde al fin pasé una tarde tranquila fumando ansiosamente cada cinco minutos por el primer patio, para ver si de este modo se acelera este maldito reloj, que ya quiero irme de coboyada con cuello, y si hay suerte hasta caffarena blanca me liga, y entonces que me importa que estén ahí también la turista, su hermana y el borracho en ciernes, que a estas horas ya debe haber dejado las ciernes para ir transformándose en una realidad etiqueta negra, on the rocks s'il vous plait, que va a terminar por cagarme la noche, sin que pueda adivinarlo por ahora.

Casa Aspíllaga estilo republicano, que era la manera que tenían en el siglo XIX para destruir el futuro patrimonio histórico de la nación, aprovechando que todavía no existe ni patrimonio histórico, ni nación, y que –por tan bello motivo– en lugar de admirables puertas en madera labrada estilo colonial de Torre Tagle ahí al lado, luce europeizadas puertas de enormes ventanales que a cada paso me recuerdan, por lo reflexivas, que estoy llegando a su vida sin un pelo de tonto ya. ¡Qué importa! Yo también sé blindarme como ella dice, es más, soy campeón en eso, crecí con eso, por aquello de que jamás podría ser ambidiestro. ¡Además! Me siento mejor que nunca, con interés nacional al hombro, tres horas de ejercicio diario y las más ricas erecciones matinales de mi vida, aunque mucho eche de menos las maritales.

A las cinco y pico –que nunca es en punto como a mí me gusta– abordé mi taxi que, por habitual, esta vez tampoco fue el mismo, y me largué de ahí con la prisa de llegar lo más rápido posible a Mellencamp, a diez centímetros del paraíso, mano derecha entrando donde definitivamente nunca estuve instalado ese día, porque ya se había mudado a la otra esquina, y se seguiría mudando con piano empujado y la necesidad ya muy próxima de tener que matar a tres. Y todo eso sin que yo pudiera adivinarlo. El tráfico estaba atroz por el mundo de agua, al que felizmente ya no íbamos a venir por lo temprano y porque en Mellencamp nunca hay tráfico por cuestiones de sonrisa positiva. Así que la turista va a tenerse que venir en helicóptero, si no quiere perder todo rastro de sonrisa en horas punta, que en Florida también existen y con mayor razón que aquí.

Llegando a casa, me entero de que el Mono me ha llamado borracho, a lo cual no hice mucho caso porque ahí todos creen que siempre habla borracho, y además esta noche salimos de coboyada por los alrededores del paraíso con arco iris eterno, porque siempre llueve y hace sol, así que no puede estar borracho, pero por si acaso lo voy a llamar por teléfono. Pero no puedo porque mi viejo le está contando a su hermana del velorio de una tía con casa en Barranco, donde ahora funciona La Estación de Barranco, y que murió a cien años por causa de los cien años, y de donde se largó al toque porque a la tía no la ve hace ochenta y él ahí no conoce a nadie ni nadie lo conoce a él, y si el velorio fue tan corto porque cuernos tiene que contarla tan larga, justo ahora que tengo que llamar al Mono para ver si esta borracho porque su quinceañera hace tres semanas que lo tiene querenciado y ya sólo hay que ser ciego, o no conocer nada de toros, para saber que la estocada ya no tarda, iya no tarda! Y la puta computadora de mierda que no quiere conectarse a Internet para ver si tengo correo de Milichine la de un cuello que ya quisiera Doña Inés del alma mía, luz de por donde el sol la toma. Y por fin puedo conectarme a Skype antes de que termine el velorio, que fue más corto que el relato que le hicieron. Y el Mono también está conectado. Y el timbre suena y suena y no contesta. Y al fin contesta y el puta está más borracho que una cuba, con estoque al cuello. Y la otra perra que ha cortado orejas, rabo y pata en la faena de esta mañana, donde por lo visto nos arrimaron piano a todos. Y está borracho en la oficina, humillándose a escaso metro y medio de la perra con oreja, rabo y pata y con todo el personal en tribuna, que debe estar gritando Olé, Olé por razones de Natacha que cortó oreja, rabo y pata y ahí todos son natachos de cuna y alma. Y yo icómo lo dejo ahí! si es hermano del alma, iiidel barrio de La Pera señores!!!, donde todos somos mostros y el puta ya no sabe ni como se llama.

Así que llamo a Milichine para decirle que de Augusto esta noche nada, que anda fatal en su oficina, a cinco minutos de aquí. Y ella que me dice que el paraíso todavía existe con turista rumbo al mundo de agua y con hermana en último día de chamba. Y que nos encontramos de todas maneras en el Mangos, a diez centímetros de Larcomar y de ahí coboyada en taxi, aunque sea sin Augusto. Y que nos llamamos a las 8:30. Y salgo disparado en taxi, que para variar tampoco es el mismo, ni yo tampoco soy el mismo, porque sin terno y corbata ya no soy ningún buenos días doctor con interés nacional al hombro. Y llego a la calle Dasso que este taxista tampoco conoce. Y me cago en la seguridad que no me quiere dejar entrar, porque yo soy hermano del alma y el mostro está borracho ahí arriba, así que arrímate natacho. Y subo a la oficina y está diez veces peor que una cuba. Y se me cae con silla y todo. Y manda pedir un whisky para mí, porque los peruanos nunca orinan solos. Y ni modo, no hay que llevarle la contra porque a estas alturas se pone más necio. Y acepto el trago y pido un taxi para llevármelo antes de que el paraíso se mude a alguna otra esquina. Y el puta llora. Como un niño. Como yo hace unos meses, borracho en su casa por perra maldita que cortó hija además de

oreja, rabo y pata. Y el taxi que no viene. Y el paraíso que se está mudando definitivamente por esta noche para otra esquina. Y al final lo saco sin taxi porque ya es obvio que a los natachos les viene gustando la faena y no quieren que termine. Y me lo llevo en BMW modelo hace quince años que después de todo, está mejor de lo que parece. Y el tráfico del cuerno que sigue atroz. Y por fin llegamos después de cinco mil combis de tiempo. Y su hijito está en la puerta. Y de sólo verlo ya no quiere verlo. Y le pido el teléfono para llamar al paraíso que a estas alturas ya debe ser de larga distancia. Y Milichine que me dice que ya no hay coboyada, que el paraíso se mudó para siempre, por esa noche, a alguna otra esquina. Que la turista llegó sin sonrisa, a punta de hora punta, y que la hermana no quiere salir porque el borracho ya no está en ciernes, «pero si quieres salimos por ahí los dos». Y yo ¿cómo la hago? Si estoy ahí en andrajosa bermuda y con borracho al lado. Y entonces le digo: «Pucha, yo sólo quería salir contigo».

iiiNO HUEVON!!!! iiiYO QUERIA SALIR SOLO CONTIGO!!!

Y por no saber armar una frase, te quedaste sin heladito, sin coboyada, sin mundo de agua y sin paraíso. Esa fue mi parte de culpa.

Pero te juro Milichine, que esta noche mato a tres.